

Cuando llegó a la redacción la noticia del tipo que había perdido la memoria luego de un accidente vehicular, yo aún tenía en mi biblioteca un libro de Oliver Sacks que había tomado prestado.

Lo busqué entre los libros desordenados.

Recordaba que la lectura de ese libro me impresionó mucho.

Desde pequeño siempre tuve miedo a perder la memoria repentinamente, en medio de la calle, y no saber cómo regresar a mi casa.

Parecía absurdo, nunca supe de nadie a quien le hubiese sucedido, pero ése era mi principal motivo de angustia.

Mi pesadilla.

La primera vez que me enviaron a comprar a una panadería que quedaba a dos cuadras de mi casa, tuve la misma precaución de Ariadna y até una lana roja del tejido de mi madre al dintel de la puerta.

Mis padres no se preocuparon por ese capricho ni les resultó extraño. Les pareció cómico. Quizá si Paulo hubiera hecho algo así, yo tampoco me habría preocupado.

Por eso, el cuento de la pérdida de la memoria del tipo me interesó tanto. Como antes, en la infancia, me había interesado el cuento de Hansel y Gretel, las migas de pan, los pájaros hambrientos.

Pedí hacer una nota un poco más extensa que la propuesta que me hizo el editor.

No fue difícil lograrlo porque, periódicamente, el tema despertaba interés: no sólo era un accidente trágico, una fatalidad familiar con tres muertos, sino que además el hombre pertenecía a un apellido ilustre, era un economista de éxito, tenía mucho dinero invertido e incluso había ocupado un cargo público medianamente importante unos años atrás.

Al día siguiente de que me dieran la comisión fui al hospital a verlo. En el pasadizo me cerraron el paso. Una enfermera me advirtió que, por el momento, no iba a recibir visitas, salvo las familiares.

La disposición era de su madre.

Por esa misma enfermera supe que el hombre tenía dolores de cabeza muy intensos, que olvidaba ciertas cosas pero otras sí las podía recordar.

Había olvidado por completo la existencia de su familia y del accidente sólo recordaba, quizá, relámpagos de luces, bulla, sonidos de golpes metálicos, vidrios rotos, cosas que se quiebran.

Crujidos.

El «quizá» era de la enfermera. Me pareció un poco tenebrosa. Quién podía saber la verdad.

¿Podía hablar con su médico, quizá?

Recalqué el «quizá» pero no se dio por aludida.

Siguió hablando:

Los huesos de su brazo izquierdo habían quedado astillados. El cráneo de uno de sus hijos había estallado como

un globo de agua. El otro había quedado degollado. Quizá. Su mujer había salido disparada por el parabrisas.

Una hora después estaba en la comisaría viendo lo que quedaba de su auto.

Inservible.

En el libro de Sacks, el caso clínico que más me había intrigado era el de una mujer que había perdido la noción, o el concepto, del lado izquierdo.

Probablemente no sé explicarlo bien. Pero lo recuerdo. Por algún motivo, su cerebro había extraviado el significado de «izquierdo» y, por tanto, su realidad tampoco incluía ese concepto.

Lo que al principio parecían problemas de la vista, lo que explicaba tropiezos y cosas así, luego se convirtió en un complejo problema neurológico que Sacks detallaba.

Pienso en las consecuencias de ese caso: ¿qué otros conceptos elementales se podían perder? ¿Mujer, madre, hijo?

¿Mónica?

¿Paulo?

Luego de insistir por varios días pude ver finalmente al hombre tendido en su cama. Estaba solo. La descriptiva enfermera, que se había convertido en mi cómplice, me comentó que los primeros días iba a verlo su madre y un hombre elegante, que ella pensó que era su padre pero posiblemente era un contador o un abogado.

Después de una semana, ninguno de los dos volvió a aparecer, pese a que antes ellos mismos dieron la prohibición contra las visitas. Quien sí llegaba era una terapeuta contratada por la familia que se encerraba con él un par de horas los martes, los jueves y los sábados.

¿Qué tal come?, le pregunté.

Come bien, respondió ella un poco intrigada. Tiene buen apetito. ¿Por qué lo preguntas?

Por nada. Es buen síntoma que coma bien, supongo.

La mujer en el libro de Oliver Sacks no comía bien.

Como no tenía el concepto de un lado, los objetos para ella eran incompletos. Incluyendo los platos de comida. Comía un solo lado, de manera perfecta, y dejaba el otro intacto. Siempre se quedaba con hambre, a pesar de que para ella había terminado con todo lo que había en el plato.

No servía hacer girar el plato: aquel lado no existía. Lo que se ideó, entonces, fue hacerla girar a ella.

Una solución simple.

Ella terminaba la mitad del plato, giraban su silla, aparecía entonces el pedazo que faltaba y comía el cuarto del plato, giraban su silla nuevamente, comía la mitad de lo que sobraba, el octavo del plato, y así sucesivamente hasta darse por satisfecha.

Luego de un par de semanas pude conversar con el hombre. Estaba sentado en su cama, con el catre levantado, quejándose del dolor de cabeza.

Frente a él, un televisor apagado reflejaba su imagen.

Le interrogué sobre si recordaba algo del accidente, me dijo que algo sí, muy poco. Recordaba también lo que había pasado antes.

¿Había bebido?, me atreví a preguntarle.

No, dijo tranquilamente, no bebo. Nunca he bebido.

Lo dijo con una enorme seguridad. Descubrí que la palabra «nunca» existe entre los amnésicos, pero no estaba seguro de su significado.

¿Qué dicen los médicos? ¿Cuándo le darán el alta?

Una semana, creo. O más. No sé cuándo, no entiendo muy bien lo que me ha pasado. Supongo que lo sabe. Incluso recordar mi nombre es difícil. Lo tengo anotado aquí.

Me enseñó el brazo enyesado. Su nombre estaba escrito ahí con una letra enorme: Mario.

¿Le duele, Mario?, dije señalando al brazo.

No, no duele.

Jazmín consiguió que yo tuviera un orgasmo. Un golpe seco de mi nuca contra la almohada. Luego, el cielo cerrado de la habitación.

No nos conocemos; si ahora alguno de los dos se pusiera a hacer promesas no significarían nada. Nos quedamos callados. Se oye la respiración como una marea.

Como una marea, repito en voz baja.

Evito verla desnuda. Sin embargo, no siento ninguna tensión por evadirla. Es sólo mirar a otro lado.

Luego, Jazmín se va.

Malas noticias, anuncia Scamarone. El cholo no llega hasta mañana. Un día más en este cuartucho para cuyes.

¿Cómo lo sabes?

Lo están comentando los soldados en la plaza. ¿Te enteraste de que hay una plaza o no? ¡Gran informe el que harás! Pues hay una plaza y está llena de milicos. Y para más tarde esperan un camión cargado de chiquillos que hacen la mili. Sobre eso debes escribir.

Sólo falta que termines con la frase «para eso te pagan», replico sin prestarle atención.

Para eso te pagan, responde, y se arroja a mi cama.

Los británicos..., empieza a decir luego de unos minutos.

Así como algunos dicen «los chinos» o «los gringos» para hablar de novedades tecnológicas o récords imposibles, Scamarone dice siempre «los británicos».

Los británicos, continúa, o quizá los japoneses, han inventado un aparato para mujeres celosas. Es como un spray de luminol, de bolsillo, para la cartera. Se apaga la luz y se rocía el líquido por las sábanas o la ropa interior del marido. Si hay rastros de semen, aunque sea de una semana hacia atrás, se encienden unas manchas violetas.

Manchas fosforescentes.

A veces me imagino que cuelgan una de esas luces sobre la luna y la proyectan contra la tierra. ¿Qué crees tú que veríamos? ¿El azul del mar, las montañas? Nada de eso. Veríamos una enorme mancha violeta, una gigantesca mole de humedad fosforescente en medio del espacio. Una bola de semen girando sobre su eje.

¿Y esta sábana?, dice. ¿Cómo crees que se vería esta sábana desde el cielo?

Suelta una carcajada.

Voy a ver si consigo algo para comer, digo.

Scamarone no piensa dejarme.

No pudiste evitarlo, ¿no? Ves una mujer y no te importa si es una chola o si está embarazada, igual te lanzas sobre ella, remojas el membrillo con la primera que te abre la rajita. No importa si ayer estabas arrojando la inmortalidad del alma por el váter. Basta que una mujer te sonría y plaj. Para qué controlarse, ¿verdad?

Está bien, después discutimos eso, digo saliendo de la habitación.

Afuera descubro a Jazmín mirando hacia el interior del albergue con aire distraído.

Se ha cambiado de ropa. ¿En qué momento?

Mato por un cigarro, susurra.

Me coge de la mano. Supongo que no puedo evitarlo, aunque no me agrade. Somos dos que acabamos de hacer el amor y ahora vamos de la mano a buscar un cigarro. Así de simple son las cosas. Ésos son los mares en que nos sumergimos.